

padre, y a D. Cástulo, su estafalario preceptor, venimos en admitir sin recelo aquella extraordinaria condición, aquel Urbano, inocente en su robusta mocedad como el primer hombre del Paraíso.

Y admitido esto, lo demás viene cuesta abajo. He aquí casada a la pareja inocente, unida por un amor purísimo, incompleto por su misma pureza. He aquí la catástrofe, que, hiriéndoles por ambos filos, viene a separarlos cuando aún no han comenzado a entender los balbuceos de la Naturaleza, incapaz de acomodarse al immaculado idioma de sus almas. He aquí, una vez separados, la conquista del verdadero amor, tan inexistente al principio como criatura forjada por la cándida imaginación de Simona; tan pleno y urgente, por fin, como el hijo de carne que se anuncia.

Bastará lo indicado para que todos se den cuenta del propósito o idea del libro, que es como un estudio de la naturaleza del amor. Y no quisiéramos que la palabra «estudio» despistara a los que, no habiendo leído aún la novela, se la imaginasen como obra «de tesis». El autor no se propone, sin duda, demostrar una teoría. Únicamente quiere poetizar acerca del amor. Y, para ello, no se reduce a inventar una fábula en que se exprese por alegorías un pensamiento, sino que, encarnando en diversos seres su idea, los hace vivir para que ellos la vuelvan fecunda.

Los héroes de este libro de Pérez de Ayala tienen un marcado parentesco, harto natural, con los personajes de las otras novelas del autor. Hay en ellos una exterioridad llena de singularidades extrañas; doña Micaela, don Cástulo, Conchona, las siete solteras, parecen imaginaciones grotescas reñidas con toda la vulgar estirpe humana, y casi tanto como ellos, pero en sentido contrario, en el de aproximación al arquetipo, lo parecen Urbano y Simona. Los acontecimientos y lances de la novela podrían modificarse, los conflictos resolverse de modo más llano. Mas no lo ha querido así el que tenía voluntad para quererlo y poder para conseguirlo. Felicitémonos.

En los libros de Pérez de Ayala, la verdadera realidad va por dentro. Es una realidad asentada, no en lo perecedero y mortal, en el carácter indeciso o en el acontecimiento previsto, sino en lo eterno e inmutable. Podemos, evidentemente, negar que haya en el mundo un Urbano y una Simona, no que pueda haberlos. El desarrollo de sus amores, que van desde una simple inclinación infantil, favorecida por los padres con miras interesadas, hasta la plenitud del sentimiento cardinal de la humanidad, hasta la viva consciencia de la continuidad de un ser en el otro, está



RAMÓN PÉREZ DE AYALA
(Retrato de MIGUEL VILADRICH).

analizado con una penetración, con una novedad constantes.

Junto a Urbano y Simona, la pareja Conchona-Cástulo repite, a su modo, la historia principal, como los graciosos del teatro clásico contrahacen el amor de los señores. Y la duplicidad amorosa de don Leoncio y la timidez invencible de Paolo ilustran aspectos del problema. Dafnis y Cloe, evocados por el novelista en la primera parte, y presentes en espíritu durante toda la novela, son los arcádicos abuelos de estos adolescentes, que, lo mismo que ellos, pueden abstraerse de toda consideración de tiempo y encarnar un anhelo amoroso que busca su plena satisfacción. La carne triste sin el alma; triste el alma también, sin la carne.

El tema de la novela, en otras manos, hubiera ofrecido plaza anchurosa al prurito de liviandad que irrita las letras contemporáneas. Nada de esto en *Los trabajos de Urbano y Simona*. El autor no se pone trabas para ha-

blar de íntimas preocupaciones de la humanidad, porque tiene presente, al hacerlo, la augusta seriedad de su asunto. Ni asomo de halago a sentimientos de baja índole se advierte en estas páginas.

Como narrador y como estilista crece asimismo Pérez de Ayala en su nueva obra. La narración avanza con su paso normal, sin precipitaciones ni digresiones, siempre amena, alternando los períodos de reflexión, más reposados, con los sustanciales diálogos, las rápidas descripciones y el dibujo de tipos y escenas, que alcanzan, ya una sutileza ideal, ya una expresiva deformación grotesca. Algunos tipos secundarios, la abuela, Paolo, el médico, son inolvidables. El autor los ha trazado con ternura exquisita. El estilo, rico de vocablo, gracioso de construcción, siempre señoreado y compuesto, sin empeñarse en conseguir la naturalidad por el camino de la imitación, la consigue, en cambio, por la fidelidad con que se acopla a las situaciones alzando o subiendo el tono como ellas se lo mandan. Algunas páginas de este libro, más frecuentes acaso en *Luna de miel, luna de hiel* que en *Los trabajos de Urbano y Simona*, son, de por sí, verdaderos trozos de antología.

E. DÍEZ-CANEDO

(*El Sol*, Madrid).

El capital convertido en Gran Elector

El sórdido Plutón, convertido en Gran Elector, es, en política, no sólo el mayor enemigo de toda idealidad presente, sino también de toda redención venidera. Poniendo precio a los sufragios, traficando simoníacamente con las conciencias ciudadanas, corrompe a los pueblos y a las aldeas, sembrándolos de dinero, que es como arrasarlos para cualquier florecimiento de anhelos superiores y de campañas desinteresadas.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

SOLICITE AL

Taller Electro Mecánico

— DE —
O. THOMPSON & Co.

para reparación de:

MOTORES

DINAMOS

TRANSFORMADORES

COCINAS ELÉCTRICAS

y en general para todo trabajo chiquito y grande, que será bien atendido. Prontitud y baratura.

DE LA IGLESIA CATEDRAL 250 Vrs. AL SUR

TIENDA

Escalante

CORBATAS, PIYAMAS, SOMBREROS DE PAJA, FAJAS DE CUERO, COBIJAS DE LANA Y ALGODON,
— — — CRISTALERIA — — —

SAN JOSE, COSTA RICA